

## Palabras de Goethe

LA celebración del II Centenario del nacimiento de Juan Wolfgango Goethe ha dado lugar a numerosos estudios sobre esta egregia personalidad del mundo de las letras y las ciencias, por las ricas facetas que presenta para investigadores y ensayistas, ora se ocupen de su larga vida—y por ello abundante en interesantísimas anécdotas— ora aborden temas concernientes a sus obras, que pertenecen a la más selecta producción del género humano en el decurso de todos los tiempos.

Bucear en Goethe, el olímpico, y en los frutos sazonados de su labor, tentó siempre a las mejores plumas. Así es de numerosa su bibliografía, constantemente acrecentada.

Por lo que respecta a España, últimamente y, además del cúmulo de artículos, veladas, conferencias, etc., dedicadas a exaltar su memoria, merece consignarse de modo muy especial el curso dado por el filósofo don José Ortega y Gasset el pasado verano en Colorado, de los Estados Unidos de América del Norte, donde con este motivo habló de la época actual, del futuro de la humanidad y de la vida «que no se nos da como un don, sino que tenemos que conquistarla, que la meta final de la vida consiste para el hombre en triunfar sobre sí mismo». Así fué la vida de Goethe: un triunfo continuo sobre sí mismo. La fina y honda penetración del autor de «El Espectador» le llevó a afirmar «que la vida de Goethe, como la nuestra, es una constante lucha entre lo que somos y lo que queremos ser: sólo merece la libertad de vivir quien conquista su propia vida diariamente».

La prensa ha registrado, también, como notas importantes de esta conmemoración las conferencias del ilustre profesor en la ciudad hanseática de Hamburgo y Universidad Técnica de Berlín. En ambos escenarios pronunció palabras de aliento para los pueblos en ruinas de Europa. Ortega y Gasset ha sido galardonado con la medalla de Goethe.

La actualidad que tiene la obra de Goethe ha hecho decir al profesor de la Universidad de Toronto en el Canadá, Barker Fairley, que era una fuerza viva y que debe ser considerado como una figura contemporánea más que como un hombre del pasado.

Albert Schweitzer, filósofo alsaciano, destacado en los actos del 200 aniversario del nacimiento de Goethe, que ha estudiado la poesía, los tratados de ciencias naturales y el hombre de Goethe y que está considerado como una de las mayores autoridades que se han ocupado del filósofo de Weimar, hablando de la grandeza de éste, ha manifestado que la consiguió por el sentido común. Aquí tenemos cómo el sentido común contribuyó, mediante su utilización precisa y conveniente, a inmortalizar a una figura que, realmente, más que de un pueblo determinado, es de la humanidad.



Cuanto brotó del talento e ingenio de Goethe, está lleno de atisbos y si siempre es grato y aleccionador recordarlo, su interés se acrecienta por los fastos centenarios. No es necesario acudir al «Werther», ni al «Fausto», ni a las «Metamorfosis de las plantas», ni a la «Teoría de los colores», etc. Ahí están sus «Memorias (Poesía y verdad)», escritas de 1811 a 1814, ejemplar autobiografía, donde con una visión clara y serena refleja su existencia, abundante como pocas en juicios valiosísimos por lo que educan e inculcan el afán de aspirar hacia ideales sublimes, y las «Conversaciones con Goethe», de Juan Pedro Eckermann, recopilación de cuanto oyó de los propios labios del poeta desde 1823 a 1832. Eckermann, de modesta procedencia, llegó a ser amigo íntimo y ayudante de Goethe. Las «Conversaciones» recogen las espontáneas y jugosas manifestaciones de Goethe en su vida privada, conteniendo expresiones sobre la diversidad de temas que pueden tratarse en nueve años de convivencia y compenetración entre un espíritu superior y un crítico que, si no brilló a gran altura, mereció el aprecio de Goethe y tiene en su favor habernos legado fielmente sus reflexiones. El Goethe que nos presenta Eckermann es un Goethe interior y constituye la mejor contribución al conocimiento de sus cualidades extraordinarias.

De las «Memorias» y «Conversaciones» son las palabras que reproducimos y que sometemos al lector.

Goethe aconseja cómo se ha de producir el hombre, si desea elevarse. No cabe mayor sencillez y alcance: «quien quiera tener eficacia no debe injuriar, no debe preocuparse de lo absurdo, sino pensar únicamente en lo bueno. Pues lo que importa no es destruir, sino edificar algo que haga sentir a los hombres un goce puro».

Su observación de los pueblos alemán, inglés y francés—en los que ejerció poderosa influencia—le llevan a afirmar: «Al estilo de los alemanes le daña la especulación filosófica, que lo hace incomprendible, complicado y pretencioso. Los ingleses escriben todos bien por regla general, como oradores de nacimiento y como gentes prácticas que se atienen a la realidad. Los franceses no niegan tampoco en el estilo su carácter general. Son por naturaleza sociales, y como tales, no olvidan nunca al público para quien hablan; se esfuerzan en ser claros para convencer a sus lectores y en ser amenos para agrados. El concepto goethiano sobre el inglés lo encontramos rectificado en nuestros días cuando leemos esta opinión de un periodista moderno: «El inglés, generalmente, no es buen orador; se contenta con exponer de un modo claro y sencillo lo que tiene que comunicar a su auditorio. Es poco retórico y no suele aspirar a la elegancia del estilo».

Mucho se ha tratado acerca del estilo en el escritor, tema inagotable y todo parece estar reunido en el comprimido filosófico «el estilo es el hombre» del Conde de Buffon. Goethe, en una magnífica concisión, sentencia: «En general, el estilo de un escritor es un reflejo fiel de su alma. El que quiera escribir en un estilo claro necesita ver claro antes en sí mismo, y que pretenda escribir en un estilo elevado tiene que tener un carácter elevado», consejo que debiera ser

seguido por los que hacen dedicación de su vida del arte de escribir.

Su contacto con la literatura de distintos países, le hace emitir esta autorizada opinión contrastada a través de los tiempos: «Cada vez veo más claramente que la poesía es patrimonio común de la humanidad y que donde quiera y en todas partes se manifiesta en cientos y cientos de personas».

Quienes se entregan al placer de escribir como el mayor de los recreativos en una producción incesante y, por ende, no cuidada tienen aquí el precepto irrevocable para pasar a la inmortalidad: «El que piense perdurar en el recuerdo de la posteridad, tiene que escribir poco y trabajar más», formulado a propósito de la fecundidad de Víctor Hugo, que escribió en un año dos tragedias y una novela.

Constantemente se alude a frases de Goethe, relacionadas con la misión educadora. Sólo tres pensamientos vamos a citar, porque sólo ellos bastan para confirmar su alto sentido en la materia pedagógica.

«Si las personas de edad quisieran proceder con acertada pedagogía, no debían prohibirle ni censurarle a un muchacho nada de lo que le causa placer, si al mismo tiempo no saben sustituirlo por otra cosa».

«Para que un talento se desarrolle rápida y sólidamente, es preciso que crezca en una nación donde circule mucho espíritu y una gran cultura».

Hablando del pedagogo Calpe y de sus historias espantosas, que las insertó en una colección de sus obras para niños, decía: «¿Para qué ha de ensombrecerse innecesariamente la fantasía gozosa, fresca e inocente de los niños, con semejantes impresiones de horror?»

Pero ocupándonos de Goethe no podemos omitir un aspecto asaz interesante de su vida y que, naturalmente, ocupa gran parte de sus Memorias. Goethe prestó al bello sexo una continua atención, que, comenzada en la adolescencia, terminó en la senectud con su muerte, lo que prueba que, como muchos hombres, no podía vivir sin que su pensamiento se evadiese a la imagen de la mujer. Por ello leyendo sus Memorias encontramos todas las gradaciones del amor, desde el amor romántico y sentimental que le inspira la jovencita a la pasión volcánica de la mujer otoñal. El mismo lo consigna: «Yo trasladé el sentimiento que me impuso Gretchen a Ana Catalina». Gretchen fué su primer amor y su primera desilusión, causa de una grave enfermedad. Ana Catalina Schoenkopf era una mujer de otros encantos, más realista.

VALERIANO GUTIERREZ MACIAS.

